A LA VEJEZ VIRUELAS,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Representada por la primera vez en el teatro del Príncipe el dia 14 de Octubre de 1824 (*).

PERSONAS.

DOÑA FRANCISCA.	D. BRAULIO.
JOAQUINA.	D. ENRIQUE.
LUISA.	D. MARIANO.
BLASA.	FELIPE.

La escena es en Zaragoza. El teatro representa una sala bien amueblada, con tres puertas: una en el foro, que es la principal; otra á la derecha, que guia á las habitaciones interiores, y otra en frente de esta.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DOÑA FRANCISCA. D. BRAULIO.

D.ª Francisca. Y bien, don Braulio: ¿Qué le parece á usted de Zaragoza?

D. Braulio. Muy bien me parece.

D.ª Franc. Digo que no tiene usted gusto para nada. Ni esta ciudad, ni otra alguna de la Península pueden compararse con una aldea de Francia. ¿Ha visto usted en España paseo que no sea triste, teatro que no esté mal construido, tertulia que no sea insípida.....

D. Braul. Tiene usted mil razones. ¿Ha estado usted mucho tiempo en Francia?

D.ª Franc. No, señor, jamás. No he tenido tanta fortuna; pero ¡me la han alabado tan-

(*) Cuando al abrigo de cariñosos deudos descansaba el autor temporalmente de las fatigas militares, que voluntario se impuso en la gloriosa guerra de la Independencia, escribia este su primer ensayo dramático, bien ageno de que habria de ser representado siete años despues en el primer teatro de Madrid y acogido por el público con una benevolencia muy superior á su escaso mérito. Y ¿cómo es, dirán algunos, que al iniciarse en el templo de Talía un escritor en quien después han reconocido sus mas ceñudos Aristarcos tal cual aptitud y facilidad para la versificacion se expresó en llana y humilde prosa? No fue porque su pluma dejase de estar ejercitada en trazar renglones desiguales; que ya copleaba desde muy niño, y algunos millares de versos habia abortado su no desbrozada imaginacion antes que en ella germinase la imperfecta fábula cómica que el lector tiene delante: versos de que afortunadamente ni borrador ni aun fiel memoria conserva, y ¡plegue á Dios que ninguno de ellos se haya salvado del perpétuo limbo que todos ellos sin duda merecen! Pero despues de larga interrupcion en sus estudios, y con muy pocos libros de que disponer, tuvo la buena suerte de proporcionarse las obras de *Moratin*, que hasta entonces muy superficialmente conocia; y poseido de una aficion casi supersticiosa á tan insigne cómico, le pareció que, pues sus dos mejores producciones, *La Comedia nueva* y *El Sí de las niñas*, estaban escritas en prosa, ningun autor, y menos un principiante, debia ser osado á emplear en las suyas otro lenguaje. Pronto desistió de este propósito, pero nunca de admirar al inmortal *Inarco*, y rara vez de proponérselo por modelo hasta donde la índole particular de su pobre ingenio y la diferencia de tiempos y circunstancias se lo han permitido.

to!.... Y con razon; como que sin disputa es el centro de la finura y del buen gusto.

D. Braul. Es verdad.

D.ª Franc. Pero ¡qué! si la torpeza..... Vamos; ¡sobre que no puede ser!

D. Braul. No hay duda.

D.ª Franc. Dias pasados me mandé hacer un traje, y tres veces estuvo en casa de la modista por no acertar con mi gusto. No piense usted que por último lo dejó bien, y eso que le dije que lo queria á la *dernière*. Ideas me dieron de hacerlo añicos..... ¡Lástima de dinero tirado á la calle! La doncella es quien lo luce, porque yo..... ¡Jesus! ¿yo me lo habia de poner? No me sucederá otra vez. De aquí en adelante, en Paris me han de cortar todos los vestidos.

D. Braul. Bien pensado.

D.ª Franc. Pues ¿y los peluqueros? ¡No digo nada! Parecen segadores. No he tenido el gusto de que me hayan peinado siquiera una vez medianamente: tanto que me he visto precisada á usar de peluca. Ya ve usted; ahora por lo menos tengo la ventaja de ir mejor tocada que ninguna, y me ahorro de lidiar con semejantes idiotas.

D. Braul. Yo creí que el gastar usted peluca era por faltarle el pelo natural.

D.ª Franc. No por cierto.

D. Braul. Me convence usted.

D.ª Franc. ¿No aprueba usted que haya tomado esta determinacion?

D. Braul. Sí, señora; pero el caso es que, segun la variedad que noto cada dia en los peinados, necesitará usted trescientas sesenta y cinco pelucas todos los años.

D.ª Franc. ¡Oh! no es para tanto; pero aun cuando asi sea, poco me importa con tal de ir á la moda.

D. Braul. ¿Y qué tal? ¿se divirtió usted anoche en casa de la condesita?

D.ª Franc. Poca cosa. Bailé dos contradanzas.

D. Braul. ¡Cómo! ¿Usted baila?

D.ª Franc. ¿Pues no tengo de bailar? ¿Me falta agilidad? ¿Me faltan buen humor, destreza y elegancia?.... Usted se burla.

D. Braul. Ciertamente.

D.ª Franc. ¿Qué dice usted?

D. Braul. Digo que efectivamente tiene usted gran disposicion para el baile.

D.ª Franc. Usted me favorece. Tambien nos entretuvimos un poco con juegos de prendas, y luego con el de la gallinita ciega.

D. Braul. ¿Y usted hizo tercio?

D.ª Franc. ¡Vaya! La primerita. ¡No, que me estaria en el sofá con las señoras mayores!

D. Braul. No corresponde; porque..... aunque usted ya pasa de los cincuenta.....

D.ª Franc. ¿Y qué? Yo estoy robusta, y en medio de mis años todavía soy envidiada de muchas jóvenes. Visto con mas primor que ninguna; bailo bien; canto mejor; mi palmito, sin vanidad, no es despreciable..... y últimamente, para mí son todos los aplausos. — Mire usted; anoche por el rescate de una prenda estuve en berlina, y en lugar de oir defectos mios como otras presumidas los escuchan en semejantes casos, todos me colmaron de elogios. Uno me dijo que por la elegancia del peinado parecia mi cabeza la de *Medusa*, y que era digna de entrar en el número de las *Euménides*. — Dígame usted: estas serán sin duda algunas ninfas.....

D. Braul. Por cierto que al tal caballero debe usted vivir agradecida. A la cabeza de *Medusa* nos la pintan los poetas con culebras en lugar de cabellos, y las *Euménides* son cabalmente las furias infernales.

D.ª Franc. ¡Cómo! Me ha dejado usted absorta. ¡Vea usted qué atrevimiento! ¡Qué insolencia! Si le pillara, yo le diria cómo se ha de tratar á una señora de mis circunstancias. ¿Yo *Medusa*? ¿Yo furia infernal? Estoy volada.

D. Braul. ¡Eh! No se desazone usted por eso. Lo diria de broma.

D.ª Franc. Se supone. Pero hay chanzas que.....

D. Braul. Y los demás ¿qué dijeron?

D.ª Franc. ¡Oh! Los otros estoy bien cierta de que no se chancearon. Tienen mas discernimiento y mejores principios. Cuál me decia *Venus*, cuál *Elena*, éste *la décima musa*, el otro *la octava maravilla*.....

D. Braul. Vamos, vamos; eso ya es muy distinto. Como no hablasen con ironía..... Pero tratemos de otra cosa. ¿Cómo ha recibido Joaquinita la noticia de su matrimonio? ¿Puedo prometerme.....

D.ª Franc Puede usted prometérselo todo de mi amistad y su obediencia.

D. Braul. ¿Y nada de su corazon?

D.ª Franc. Su corazon es dócil y sencillo. Estoy bien segura de que no será capaz de disgustar á su madre.

D. Braul. Pero.....

D.ª Franc. Es usted muy impertinente. ¿Cuántas veces le he de decir que Joaquinita será su mujer?

D. Braul. Como yo no entiendo de saraos ni de.....

D.ª Franc. ¡Qué pesado!

D. Braul. Y yo soy muy viejo, y ella muy niña, y no visto á la *dernière*.....

D.ª Franc. Bien; no se canse usted si tiene tantas dificultades. Nadie se lo ruega.

D. Braul. Esto no es decir.....

D.ª Franc. Esto es decir que me deja usted desairada.

D. Braul. Vaya; no se enoje usted, doña Francisca. No parece sino que la llamo *Medusa* ó cosa semejante. Yo prometo no incomodarla mas con mis desconfianzas. Desde ahora me conformo con cuanto usted disponga, y espero un éxito feliz.

D.ª Franc. ¡Ay don Braulio! ¡Dichoso usted que logrará bien pronto sus deseos! Pero yo.....

D. Braul. ¿Qué significan esas exclamaciones?

D.ª Franc. Mi recato....., el decoro de mi sexo..... son unos obstáculos insuperables.....

D. Braul. Comuníqueme usted sus penas, si merezco tanto honor, que como pueda aliviarlas, debe usted esperarlo asi de mi amistad.

D.ª Franc. Solo á usted descubriria mi pecho.—¡Ay paisano mio! El cielo me ha hecho tan sensible.....

D. Braul. ¿Hay algun necesitado á quien se halle usted imposibilitada de socorrer? ¿Llora usted la muerte de algun deudo, de algun.....

D.ª Franc. No, señor.

D. Braul. Pues ¿qué.....

D.ª Franc. En una palabra: yo estoy enamorada.

D. Braul. ¡Enamorada!

D.ª Franc. ¿Se admira usted? ¿Me contempla invulnerable á los dardos de Cupido?

D. Braul. No, señora: todo lo contrario. Ese rapaz maldito á nadie perdona, y no es extraño que haya herido á la venerable doña Francisca, cuando á don Braulio con sesenta años de edad tambien le ha hecho blanco de sus tiros. ¿Y quién es el dichoso?

D.ª Franc. ¡Ah! Yo sería la mil veces afortunada si me correspondiera. Un amigo de usted.

D. Braul. ¿Quién? ¿El señor don Deogracias?

D.ª Franc. Usted tiene gana de chulearse. ¿Es mi gusto tan estragado que haya de poner mis ojos en un decrépito? ¡Buenos estamos!

D. Braul. Por eso lo preguntaba. Porque solo una *Euménide* podria enamorarse de semejante *Cancervero.*

D.ª Franc. Suplico á usted no me nombre mas las *Euménides*, si quiere que no riñamos.

D. Braul. No las pondré mas en boca. Pero acabemos. ¿Quién es ese caballero?

D.ª Franc. Aquel don Enrique con quien usted suele acompañarse. Aquel jóven tan galan, tan prudente, tan.....

D. Braul. En fin, don Enrique.

D.ª Franc. ¿Y quién sino él podria blasonar de haber merecido mi corazon? Pero ¡ah! yo dudo si el suyo será libre.....

D. Braul. ¿No le ha observado usted algunos indicios de amor.....

D.ª Franc. No sé qué le diga á usted..... Creo que no le soy del todo indiferente. Sus ojos me miraban anoche con algun interés..... ¡Ay amigo don Braulio! Bien sabe usted cuánto le estimo. Bien sabe que le tengo dadas muchas pruebas de mi afecto, siendo una de ellas la de ofrecerle mi hija por esposa, convencida de que ninguno es mas acreedor á su mano. ¡Qué satisfaccion será la mia al darle á usted el dulce nombre de hijo!..... ¿A quién pues con mas motivo puedo revelar mis secretos? ¿A quién mejor.....

D. Braul. Señora, ¿á dónde va usted á parar? Estoy avergonzado.

D.ª Franc. Yo conozco que nadie como don Braulio puede sacarme de este conflicto. Ya ve usted que á mí no me corresponde declararme á don Enrique. Esto se opone al pudor, al tirano pudor, compañero inseparable de mi sexo.

D. Braul. Bien, bien; no diga usted mas. El asunto es que yo le haga una insinuacion.....

D.ª Franc. No, no; nada de eso. ¿Para qué andarse por las ramas? Mejor es decirle sin rodeos que le amo; que sacrifico á su mérito todas las ofrendas que mil necios adoradores se atreven á rendir en mis aras; que si no es ingrato á mi amor, él solo será dueño de mi mano, y con ella de mis considerables bienes.

D. Braul. Muy bien: descuide usted. Voy á mandarle llamar en este instante. [*Mirando su reloj.*] Las diez menos cuarto: todavía no habrá salido de casa.

D.ª Franc. Pues hasta luego. Yo me retiro, que el maestro de baile me espera.

ESCENA II.

D. BRAULIO.

¡Qué locura de mujer! ¡Al cabo de sus años dar en semejante debilidad! Mas le valdria tomar un rosario, y dedicarse al gobierno de su casa y educacion de su hija. Pero ¿qué remedio? Será preciso llevarle el humor, y esperar á que ella misma se desengañe. Yo no sé..... La encuentro enteramente distinta de lo que era. ¡Si no la conozco! Desde que vino á Zaragoza por causa del pleito está sin juicio..... Pero poco á poco, señor mio. Usted se mete á corregir defectos agenos, y se olvida de los suyos. ¡Ay Braulio, Braulio! ¿Y qué diremos de tí, sesenton, achacoso, medio ciego, sin ilustracion moderna, con peluca de bucles, y casaca del tiempo de Felipe V.? ¡Lindas circunstancias para aspirar á las caricias de una niña de diez y siete años!.... ¡Eh! ¿quién sabe..... Como de esas hay que se prendan de un viejo..... Si Joaquinita fuera una de ellas..... ¡Voto va! ¡Qué memoria tan fatal! Ya me olvidaba de mi comision. Felipe.

ESCENA III.

D. BRAULIO. FELIPE.

Felipe. Señor.

D. Braul. Vé volando á casa de don Enrique, el vecino de enfrente, y díle de mi parte que se llegue por aquí si no está ocupado; que tengo que hablarle.

Felipe. Voy al momento.

ESCENA IV.

D. BRAULIO.

Es un desatino. Yo voy á poner los medios, pero nada adelantaré. Vea usted, ¡don En-

rique, un jóven de tanto mérito, el coquito de Zaragoza, iria á prendarse de una vieja que, sobre la deformidad propia de la vejez, se hace mas horrorosa con sus afeites y sus monadas! ¿Se podrá dar mayor simpleza?

ESCENA V.

D. BRAULIO. LUISA.

D. Braul. ¡Hola, señorita! ¿se viene de misa?

Luisa. Sí, señor. Como está un paso de casa san Pablo.....

D. Braul. Así me gusta; que las doncellas sean virtuosas, devotas, recogidas..... Abrázame, Luisa. Yo quiero recompensarte. Un dia de estos vendrá don Anselmo. Ya recordarás que te lo propuse para marido, y quiero que os caseis antes que volvamos á Calatayud. Él te ama, y merece bien..... Pero ¿qué es eso? Parece que te has quedado helada.

Luisa. (¡Ay Mariano! Aunque me cueste la vida no seré de otro que tuya.)

D. Braul. Con mucha frialdad has recibido esta noticia.

Luisa. No, señor, sino que.....

D. Braul. ¿Lo rehusas?

Luisa. Yo, señor.....

D. Braul. Tú conoces á don Anselmo. Su familia en nada desmerece de la nuestra. La fortuna no nos ha escaseado los bienes, pero con él ha sido aun mas pródiga. Es mayorazgo sin ser tonto; ha tenido una educacion nada vulgar; su figura no es desagradable; es jóven y te quiere: ¿puedes pedir mas?

Luisa. Yo nada de eso niego, padre mio. Bastaba que fuese elegido por usted para ser de mi gusto; pero.....

D. Braul. Vamos, ¿qué?

Luisa. Yo no quisiera casarme tan pronto. Si fuera posible suspenderlo por algun tiempo.....

D. Braul. Bien; dejémoslo por ahora. Entra á hacer compañía á Joaquinita y su madre. Ya veo que desprecias.....

Luisa. Yo.....

D. Braul. No hablemos mas del particular. Anda con Dios.

Luisa. ¡Padre!

D. Braul. Déjame en paz.

Luisa. (Se enoja solo de ver mi repugnancia. ¿Qué haria si supiera que amo á Mariano?) [*Vase por la puerta de la derecha.*]

ESCENA VI.

D. BRAULIO.

¡Cuidado con las chiquillas! Rabian por casarse, y luego todo es hacer ascos cuando sus padres les proponen un novio. Veremos si se viene á razon, y si no, que lo deje: su voluntad es libre. No se diga de mí lo que de otros padres.....

ESCENA VII.

D. BRAULIO. D. ENRIQUE.

D. Braul. ¡Oh! Ya está aquí mi don Enrique. Sea V. muy bien venido, amiguito.

D. Enrique. A la disposicion de usted, señor don Braulio.

D. Braul. Dispénseme usted la franqueza de haberle llamado con tanta prisa.

D. Enr. Usted me ofende sabiendo que soy su amigo.

D. Braul. Vamos; dejemos los cumplimientos. Siéntese usted y óigame con atencion.

D. Enr. (¿Qué será esto?)

D. Braul. ¿No sabe usted que en esta casa hay una señora que le ama con todo su corazon?

D. Enr. (No sé qué responderle..... Si Joaquina..... ¿Cómo lo habrá sabido?) ¿Y ella se lo ha dicho á usted?

D. Braul. Ella misma.

D. Enr. (Ya ¿cómo podré negarlo?) En verdad, si he de dar crédito á sus palabras y á sus ojos, yo soy el objeto de su cariño.

D. Braul. (¡Hola! Parece que el niño no es lerdo. ¡Qué pronto ha conocido..... Ya se ve; habrá hecho mil dengues, mil demostraciones.....) Ahora bien, don Enrique; ella me lo ha confesado todo, y se vale de mí para hacer á usted sabedor de su pasion, y para que sepa de su boca si verdaderamente la corresponde.

D. Enr. (No comprendo á qué fin se habrá descubierto Joaquina á este hombre, ni qué motivo tendrá para dudar de mi amor; pero nada arriesgo en declararme supuesto que mis miras son las mas honestas.)

D. Braul. Hombre, se ha quedado usted atónito..... Hablemos con franqueza. Ya veo que es repugnante el desairar.....

D. Enr. ¿Cómo desairar? Al contrario: suplico á usted diga en mi nombre á esa dama que me hace un agravio en dudar de mi constancia; que solo la muerte podrá borrar la impresion que me han hecho sus gracias, y que la amorosa llama en que arde mi corazon es la mas pura y acendrada.

D. Braul. Vaya, don Enrique; basta, basta. Siempre ha de ser usted burlon. Compadézcala usted y no haga mofa.....

D. Enr. ¿Qué está usted diciendo? ¿Yo hacer mofa del ídolo de mis sentidos; de la criatura mas digna de ser amada?

D. Braul. Como yo no la considero tan llena de gracias, ni.....

D. Enr. O usted no tiene ojos, ó no es capaz, segun veo, de distinguir el verdadero mérito de una mujer.

D. Braul. (Querrá decir el talento, la cordura, la afabilidad y otras virtudes; pero al presente todas ellas estan tan distantes de doña Francisca como la hermosura.)

D. Enr. Sin hablar de su juicio, su modestia, su compostura, y tantas prendas como la

hacen amable, ¿no es capaz de enamorar á un risco aquel rostro tan agraciado, aquellos ojos.....

D. Braul. (Este es mas loco que ella.)

D. Enr. ¡Cuándo llegará el dia tan suspirado en que su posesion me haga venturoso para siempre!

D. Braul. Si tanto lo desea usted, no tardará en conseguirlo. Yo se lo aseguro.

D. Enr. ¡Ay amigo!

D. Braul. Usted la ama; ella le corresponde: asunto concluido. Doy á usted mi bendicion.

D. Enr. Yo no lo veo tan fácil.

D. Braul. La cosa mas sencilla del mundo. Apuradamente está que rabia por matrimonio.

D. Enr. Pero yo dificulto mucho que doña Francisca deje de tener otras miras..... ¿Quién sabe si un rival.....

D. Braul. ¿Qué rival ni qué calabaza? Antes, si algo tiene de bueno la señora mia, es que no se halla en disposicion de dar á usted celos, ni se los dará á no trastornarse todo el órden de la naturaleza.

D. Enr. Por supuesto. ¡Ah! Yo la conozco muy á fondo. No; no es de esas coquetillas cascabeleras que á todos hacen cara.

D. Braul. ¡Pues ya se ve! Seguro está que ella se la pegue á usted. Bien puede usted casarse á ojos cerrados.

D. Enr. Ciertamente. Si de alguna se puede responder, es de ella.

D. Braul. ¡Friolera es! Las manos pondria yo en el fuego..... Pocos habrá que se casen con tan buenos auspicios.

D. Enr. ¡Ah! Si fuera cierto que doña Francisca.....

D. Braul. ¡Qué timidez tan intempestiva! Si por parte de usted no hay inconveniente, por la de doña Francisca mucho menos.

D. Enr. (Sin duda su madre ha consentido en nuestra boda. ¡Qué felicidad!) ¡Ay señor don Braulio! ¿Con qué podré pagar á usted tan grande beneficio? Ya veo que á su intercesion debo agradecer.....

D. Braul. ¿A mí? No, señor. Yo es verdad que.....

ESCENA VIII.

D. BRAULIO. D. ENRIQUE. FELIPE.

Felipe. Señor, aquel caballero que vino anoche quiere hablar con usted.

D. Braul. Sí, don Pedro..... ¿Por qué no pasa adelante?

Felipe. Dice que está de prisa. Que se sirva usted salir á oirle cuatro palabras.

D. Braul. Será preciso. Con permiso de usted. Haré por despacharle pronto.

ESCENA IX.

D. ENRIQUE.

Por fin voy á lograr el premio de mis suspiros. Joaquina será mi esposa y yo el mas feliz de los hombres. — Ella sale: ya podré hablarla sin temor.

ESCENA X.

D. ENRIQUE. JOAQUINA.

D. Enr. Vida mia, ¿es posible que ya se cumplan nuestras lisonjeras esperanzas?

Joaquina. Por Dios, Enrique, baja la voz; no nos oigan..... Estoy sobresaltada.....

D. Enr. No, bien mio. ¿Para qué es el disimulo? Cesa de atormentarme. Yo prometo no tomar venganza del disgusto que me quieres dar ocultándome la noticia de nuestro próximo enlace. Mira que estoy bien informado.

Joaquina. ¡Inhumano! Tú sí que te recreas en hacerme desesperar. ¿Qué delirio te dicta unas expresiones que hacen mas amarga mi situacion?

D. Enr. Este es mucho martirio, Joaquina. ¿Posible es que finjas con tanta destreza? Me harás perder el juicio.

Joaquina. ¡Ojalá yo lo perdiera para no sentir mi desgracia! Supongo que algun engaño te hace hablar en esos términos; pero sabe que mi madre me tiene ofrecida á don Braulio.

D. Enr. ¡A D. Braulio!..... ¿Será posible?

Joaquina. Sí, amado Enrique, pero..... yo estoy temblando. Si mi madre nos sorprende..... [*Se acerca á la puerta de la derecha, y observa.*] No; todavía está con la leccion de baile.

D. Enr. Pero dime: ¿no has encargado tú á D. Braulio que supiera de mí si te amaba, y si admitiria tu mano?

Joaquina. ¿Cómo podia hacerlo cuando mi madre me lo destina para marido?

D. Enr. No lo entiendo. Yo conozco á don Braulio de algun tiempo, y aunque naturalmente chancero, sé que es demasiado formal para divertirse con nadie en materias tan delicadas. Él me ha dicho que en esta casa hay una señora que me ama y que.....

Joaquina. No prosigas. Ciertas han salido mis sospechas. ¡Triste de mí! Esa dama de quien te ha hablado es mi madre.

D. Enr. ¡Tu madre! ¿Qué me dices?

Joaquina. No me queda duda. Ahora poco la estuve oyendo conferenciar con D. Braulio. No pude enterarme de su conversacion; pero te nombraron diversas veces, y por los ademanes de mi madre comprendo.....

D. Enr. Sí, sí. Ya veo que aciertas en tus conjeturas. ¡Pero tu madre! ¡Una señora de su edad!.... ¡Qué locura! ¿Y presume que yo preferiré sus riquezas, único atractivo de que puede envanecerse, á la hermosura, la virtud y los encantos de su amable hija? ¿Y tú me abandonarás? ¿Te resolverás á casarte con don Braulio?

Joaquina. Primero muerta. Pero ¿qué determinacion podremos tomar en estas circunstancias?

D. Enr. Tal vez no será de tu aprobacion el arbitrio que voy á proponerte, y es el único que nos queda. Mis padres aprueban que sea tu esposo. Yo te ofrezco en su nombre un asilo respetable.....

Joaquina. Perdóname, Enrique. Yo te quiero mas que á mi vida, pero no apelaré á ese recurso sino en el caso de perder totalmente las esperanzas de obtener el consentimiento de mi madre.

D. Enr. ¿Qué mas perdidas? Si se empeña en que te cases con don Braulio; si trata de acelerar tus bodas y mi muerte, ¿cómo podremos.....

Joaquina. Oye la idea que me ocurre. Acaso por este medio lograremos lo que deseamos. Tú debes aparentar que correspondes á mi madre. De este modo nos veremos con frecuencia sin exponernos. No ignoras el ascendiente que tiene sobre una mujer de sus años un jóven que la galantea. Te será muy fácil conseguir de ella que se suspenda mi casamiento, y entre tanto.....

D. Enr. ¿Y yo podré decir amores á otra que á tí? Al instante conocerá que finjo.

Joaquina. Lo que lisonjea nuestras pasiones se cree con poca dificultad, y el carácter de mi madre es el mas propio para el caso. No puedo detenerme mas. Es regular que, con motivo de tu error, hayas dado á don Braulio una respuesta favorable. Confírmala cuando le veas, y.....

D.ª Franc. [*Desde adentro.*] Joaquinita.

Joaquina. Voy, mamá. Adios, adios. Mi madre me llama.

D. Enr. Adios, amada mia.

ESCENA XI.

D. ENRIQUE.

Yo no sé cómo saldremos de este pantano. Por cierto será gracioso el ponerme yo á enamorar á una vieja fastidiosa..... Ya vuelve don Braulio.

ESCENA XII.

D. ENRIQUE. D. BRAULIO.

D. Braul. Por fin he podido sacudirme del tal don Pedro, que no ha sido poco, porque es posma si los hay. Usted perdonará el planton, señor don Enrique. Habrá estado usted incomodado.

D. Enr. ¡Qué! no, señor; complacido en extremo.

D. Braul. Si quiere usted, avisaré á mi señora doña Francisca.....

D. Enr. ¿Para qué? No se moleste usted. Yo volveré después: ahora me precisa ir á casa, que tengo un poco que hacer. Usted me disimulará..... En cuanto á esa señora, puede usted asegurarla que es imposible la ame nadie tanto como Enrique; así como no ha nacido una mujer comparable á ella. No tengo voces para ponderar á usted el exceso de mi ternura.

D. Braul. Pero, hombre, piénselo usted mejor y no se acalore. Que un pobreton tratase de esclavizarse así, anda con Dios: el interés todo lo puede; ¿pero no es una demencia sin ejemplo que se deje usted enganchar por ese estafermo, pudiendo aspirar por todos conceptos á un partido mas ventajoso? Antes que te cases, dice el adagio, mira lo que haces.

D. Enr. Todo está mirado. Estoy firmemente resuelto, y es inútil aconsejarme otra cosa. ¡Qué quiere usted! Cada uno se entiende.

D. Braul. Yo no quisiera ofender á usted, pero le estimo y debo hablarle con franqueza. Mire usted que doña Francisca tiene ya un pié en la sepultura; mire usted que ese es un casamiento descabellado y monstruoso; mire usted que sus consecuencias pueden ser muy funestas.

D. Enr. ¡Disparate! ¡Verá usted qué felices vivimos! ¡Verá usted qué concordia, qué alegría! La envidia vamos á ser de Zaragoza.

D. Braul. Yo no sé en qué lo funda usted. A los que le estimen de corazon inspirará desde luego, no envidia, sino compasion; pero en general se reirán de usted á boca llena y..... Vamos; yo no quiero adular á mis amigos. Usted va á ser la fábula de Zaragoza.

D. Enr. ¿Qué me importa? Hago mi gusto, y esto me tranquiliza.

D. Braul. Bien dicen que hay gustos que merecen palos. Ya estoy viendo á mi buen don Enrique satirizado en los diarios.

D. Enr. Bueno. A cada sátira que me hagan me desquitaré yo bendiciendo mi dicha en los brazos de mi dueño.

D. Braul. ¿Con que usted la ama de todas veras, eh?

D. Enr. ¿Cuántas veces lo he de repetir?

D. Braul. Pues el diablo me lleve si lo creo.

D. Enr. Cuando me vea usted cásado lo creerá.

D. Braul. ¡Sobre que es imposible!

D. Enr. Al tiempo me remito.

D. Braul. Pero venga usted acá, tronera: ¿qué tiene esa mujer para interesar á nadie?

D. Enr. Un no sé qué..... La simpatía.....

D. Braul. ¡La simpatía! ¡Bella expresion! Pues, amigo, dígole á usted que hay simpatías absurdas. Concluyamos. Mis reconvenciones pueden ser ya importunas. Cargue usted enhorabuena con su prebenda, ya que tiene tanto estómago. Yo me alegrara de que Dios les diera á ustedes fruto de bendicion; pero la novia no creo que..... Hágase usted cargo; cincuenta y tantos años..... Pocos fenómenos se ven de esta especie.

D. Enr. Usted se quiere divertir á mi costa, por lo visto.
D. Braul. No, ya no. Quizá llevado de mi genio, y valido de la confianza, me habré excedido un poco; pero veo que usted se formaliza y habremos de mudar de tono. Descuide usted. Yo veré á doña Francisca.....
D. Enr. Sí; y dígale usted que estoy muy decidido.....
D. Braul. Bien, bien. Soy el único para estas comisiones.
D. Enr. Pues, amigo, hasta despues.
D. Braul. Pasarlo bien.

ESCENA XIII.

D. BRAULIO.

Vaya; el que no se ria de esto no es hombre de gusto. El tal Enrique no puede menos de haber perdido la chaveta. Yo le hacia de mas talento. ¡Irse á enamorar de un cementerio con faldas!.... Si tomase siquiera su ejemplo Joaquinita..... ¡Ay! Yo no sé lo que me pasa desde que la ví. Aquellos ojuelos me sacan de tino. Pero ¡si son tan hechiceros!.... ¡Ay Braulio, pobre Braulio! ¿Quién te ha traido á Zaragoza?

[*Vase por la puerta de la derecha.*]

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA FRANCISCA. BLASA.

[*Blasa está acabando de vestir á doña Francisca, que se presenta de petimetra exagerada y ridícula.*]

D.ª Franc. Vamos; despacha. Ata esta cinta..... No; asi no.
Blasa. Pues ¿cómo?
D.ª Franc. De modo que el lazo figure una azucena..... Asi; bien vas..... No; ya no vas bien. ¡Jesus, qué zafia eres!... Vaya, déjalo, déjalo. Me cortaria yo las manos.
Blasa. Pero, señora, si yo.....
D.ª Franc. No la toques ya: ¿para qué? ¡Como ha de ser! Me tendrán por una lugareña. Y si llega á venir doña Mariquita, ¡poco tendrá que criticar! Dirá que ni siquiera sé ponerme un lazo con elegancia.
Blasa. Pero por una cinta.....
D.ª Franc. ¡Bestia!
Blasa. ¡Si yo ya le he dicho á usted que no entiendo de esas cosas! ¿Quién me ha metido á mí.....
D.ª Franc. Eso sí; lengua no te falta.
Blasa. Como usted despidió á la doncella porque le socarró el pelo haciéndole un rizo y.....
D.ª Franc. ¿Quieres callar?
Blasa. Y está una que no puede con una; y friega, barre, espuma el puchero..... Vamos, que las cocineras no podemos atender.....
D.ª Franc. ¡Dale bola!
Blasa. Ya se vé; como una está siempre á vueltas con la cocina.....
D.ª Franc. Anda enhoramala, desollada.
Blasa. A fé que la señorita no es asi.
D.ª Franc. Marcha allá dentro, antes que.....
Blasa. (¡El diantre de la vieja estrambótica!)
D.ª Franc. ¿Qué estás rezando? Vete.
Blasa. Ya me voy..... (¡Bruja!)

ESCENA II.

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué harta estoy de criadas! ¡Jesus, qué plaga!.... Pero es preciso sufrir á esta, que á lo menos es limpia, porque no hay de quien echar mano..... Me ha enfadado con sus bachillerías.—¿Y qué se ha de hacer? ¡Eh! Será conveniente tranquilizarme, pues espero á mi querido Enrique. Ahora sí que rabiarán de envidia mas que nunca esas necias tan pagadas de su hermosura. Ahora confesarán á pesar suyo cuán en vano se atreven á competir conmigo. Segun me ha dicho don Braulio, no tardará en venir mi amante. ¡Con qué impaciencia le espero! Vendrá; se turbará un poco cuando me vea, como es natural; pero yo le miraré..... [*Mirándose á un espejo.*] ¿A ver?.... Asi..... Una sonrisa expresiva; el cuello voluptuosamente inclinado hácia el hombro derecho.—Fijo los ojos en él con aquella especie de timidez propia del amor sencillo, y al instante llena de rubor los bajo al suelo. Con esto se anima mi Enrique; se postra á mis piés; toma con sus dos manos una de las mias y la estrecha en su pecho.—Yo aparento querer impedirlo y que el amor me quita las fuerzas. Él me hace entonces la confesion del suyo; implora mi piedad, y

aguarda en silencio mi respuesta. Y yo..... Yo habré enmudecido.....; pero mis brazos sabrán desempeñarme oprimiendo como involuntariamente su cuello. [*Pone una silla delante de sí, y va creciendo por grados su ilusion.*] Supongamos que esta silla es don Enrique. Ya entró; ya le alenté con una mirada amorosa; ya está á mis piés y me dice: hermosa Paquita, yo te adoro. Mi corazon es muy débil para resistir el hechizo de esos ojos. Mírame á tus piés: en ellos moriré si soy tan infeliz que no te merezco..... [*Arrebatada, y como fuera de sí se abraza con la silla, á cuyo tiempo viene don Braulio por la puerta del foro.*] No, Enrique, no, bien mio. ¡Vive, vive para ser el consuelo de tu sensible Paquita!

ESCENA III.

DOÑA FRANCISCA. D. BRAULIO.

D. Braul. ¿Qué es eso, qué es eso, doña Francisca?

D.ª Franc. Nada..... ¿Qué ha de ser?

D. Braul. Así, agarrada á una silla.....

D.ª Franc. Estaba repasando la leccion de baile.

D. Braul. Repasando la leccion..... Vaya, me alegro, me alegro. Con el tiempo hará usted prodigios en la danza.

D.ª Franc. Y los hago ahora mismo. Venga usted; bailaremos los dos, y veremos quién.....

D. Braul. ¿Yo? Por Dios, señora. Déjeme usted estar: eso es para los jóvenes. Lugar tendrá usted de bailar esta noche y de lucir su habilidad con ese enjambre de adoradores que suspiran por usted. Yo soy un pobre diablo que para nada sirvo ya en las sociedades sino para jugar un tresillo ó leer la Gaceta. Usted sí que es un estuche y puede amenizar una reunion. ¡Yo lo creo! ¡Sobre que en casa de la condesita no sabrian qué hacerse si usted no concurriera! ¿Así se encuentra una señora que baile, cante, ria, juegue, retoce, y todo á las mil maravillas? Con usted sola basta para que todos esten divertidos.

D.ª Franc. Muchito que sí. Ello, no dejo de tener envidiosas; pero por mas que intriguen no me podrán quitar el partido que tengo entre los jóvenes.

D. Braul. ¿Quién lo duda? Vaya, continúe usted: no quiero interrumpirla.

D.ª Franc. ¿Dónde va usted?

D. Braul. A mi cuarto, que tengo un poco que escribir. Hasta despues.

D.ª Franc. (¡Qué socarron!)

D. Braul. (¡Qué loca de atar!)

ESCENA IV.

DOÑA FRANCISCA.

¡Mire usted á qué tiempo ha ido á entrar el demonio del viejo!.... ¡Y como se le escapa á él nada!.... ¡Camastronazo!.... Pero ¿qué veo? ¿No es mi Enrique? Sí; el mismo.

ESCENA V.

DOÑA FRANCISCA. D. ENRIQUE.

D.ª Franc. ¡Oh, señor don Enrique!

D. Enr. Señora, usted me perdonará que me haya atrevido sin su permiso.....

D.ª Franc. Usted me sonroja. ¿Cómo puede disgustarme que entre usted con franqueza en esta casa, cuando..... Pero suplico á usted se sirva pasar al estrado.

D. Enr. ¿Para qué? Yo estoy bien en cualquier parte como tenga el placer de ver á quien amo.

D.ª Franc. [*Afectando rubor.*] Vamos..... No me haga usted salir los colores. ¡Son ustedes los hombres tan malos!.... Pero sentémonos..... [*Don Enrique se sienta algo distante.*] ¡Qué apartado, don Enrique! ¿Es falta de afecto, ó cobardía?

D. Enr. Señora, temo abrasarme en los rayos de esos ojos.

D.ª Franc. ¡Qué picarillo es usted!.... No hay que tener miedo: ya les he mandado yo que le traten con humanidad. [*D. Enrique se acerca á doña Francisca.*] Pero ¿es posible que me haya hecho usted pasar la vergüenza de animarle.....

D. Enr. [*Con frialdad é impaciencia toda la escena.*] El respeto.....

D.ª Franc. Deje usted estar el respeto. Verdad es que esta es la primera vez que nos hablamos; pero nuestros ojos hace ya dias que se entienden. ¿No es cierto? Ellos son los mejores intérpretes del amor.

D. Enr. Efectivamente..... Hace tiempo que mi corazon..... (Yo estoy violento: no sé qué decir á esta desdichada.)

D.ª Franc. Bien conozco que mi pasion excede á la de usted. A pesar del natural encogimiento y recato de mi sexo, yo no he podido prescindir de declararme á usted por medio de don Braulio; y usted siendo hombre no se ha determinado á tanto.

D. Enr. Conociendo mi poco mérito.....

D.ª Franc. Vaya; no se eche usted tanto por tierra. Por mi parte no pudiera haber hecho mejor eleccion, y quisiera que usted me amase como yo le amo.

D. Enr. Señora.....

D.ª Franc. (No hay duda; su corazon es mio. La fuerza del cariño le ha embargado la lengua.)

D. Enr. (¿Dónde estará mi amada Joaquina? ¿Tendré el pesar de irme sin verla, ya que sufro el de oir á esta vieja empecatada?)

D.ª Franc. (Muerto, muerto está por mí. Él calla; pero ¡cuánto me dice su silencio!)

ESCENA VI.

DOÑA FRANCISCA. D. ENRIQUE. BLASA.

Blasa. Señora, el peluquero está ahí. ¿Le digo que entre?

D.ª Franc. ¿A qué vienes ahora con esos recados? Dile que vuelva luego.

D. Enr. Eso es tratarme con cumplimiento.

D.ª Franc. No, señor; pero yo no quiero que vengan á interrumpirme cuando tengo visita, y mucho menos..... [*Aparte á Blasa.*] ¡Mujer, qué seas tan torpe!

Blasa. [*En alta voz.*] ¿Y qué culpa tengo yo de que venga el peluquero en tan mala ocasion?

D.ª Franc. No me repliques. Marcha allá dentro y no vuelvas á entrar.

Blasa. Trae una peluca. ¿Le digo que la deje?

D.ª Franc. Sí..... La peluca de don Braulio..... [*Hace señas á Blasa para que disimule, y Blasa se desentiende.*] Bien, que haga lo que quiera..... (No entiende mis señas. Me va á sofocar.)

Blasa. No, señora. ¡Si dice que es para usted, y..... ¿Qué importa que lo diga? Y que se la ponga usted, y le dé la que lleva para arreglar el rodete y poner mas *arrepentimientos* y..... Vamos, ya callo.

D.ª Franc. Anda enhoramala, bribona..... ¿Ha visto usted que desuello? Mira; ahora mismo márchate de mi casa.

D. Enr. No se impaciente usted. Eso no merece la pena..... (No puedo contener la risa.)

Blasa. Bien está: yo me iré, y si me preguntan por qué me han despedido, diré que ha sido porque sin mala intencion he hecho saber á este caballero que gasta usted peluca; como si fuera maravilla que la use una mujer de cincuenta y ocho años.

ESCENA VII.

DOÑA FRANCISCA. D. ENRIQUE.

D.ª Franc. ¡Insolente! ¡Atrevida!.... ¡Jesus!.... Yo..... me muero..... Sosténgame usted. ¡Ay Dios!....

[*Se desmaya, y don Enrique la sostiene. Joaquina y Luisa vienen apresuradas á su socorro.*]

ESCENA VIII.

DOÑA FRANCISCA. JOAQUINA. LUISA. DON ENRIQUE.

Joaquina. ¡Mamá, mamá! ¡Dios mio! ¡Ha perdido el sentido..... Ven; ayúdame, Luisa..... ¡Qué desgracia!.... Blasa.

ESCENA IX.

DOÑA FRANCISCA. JOAQUINA. LUISA. DON ENRIQUE. BLASA.

Blasa. Mande usted, señorita.

Joaquina. Anda, corre, trae aquel pomito..... Pero deja, que parece que vuelve.

D.ª Franc. ¡Válgame Dios!.... Hija..... ¡Don Enrique!....

Blasa. Yo me escapo.

ESCENA X.

DOÑA FRANCISCA. JOAQUINA. LUISA. DON ENRIQUE.

Luisa. Pero ¿qué le ha dado á usted?

D.ª Franc. Nada: que esa pícara criada va á acabar conmigo. Que no la vea yo mas..... ¡Jesus! Toda la cabeza se me anda..... Dispénseme usted, señor don Enrique: me precisa retirarme. Ya nos veremos mas despacio..... Quisiera hallarme en otra disposicion....., pero no puedo mas..... [*Va andando poco á poco hácia la puerta de la derecha apoyada en Luisa y Joaquina. Esta, á hurto de su madre, habla con don Enrique.*] ¿Qué, qué le dices, hija?

Joaquina. Le digo que usted nunca ha padecido estos accidentes; que es admirable.....

D.ª Franc. ¿Que si lo es? Como que á robusta nadie me gana. Otras hay que siempre estan llenas de lacras. Ya el flato, ya la jaqueca..... ¡Qué sé yo! Y todo se les vuelve parches, enjuagatorios y emplastos. ¡Jesus, qué peste! Ya darian algo mas de cuatro por tener mi salud. Ahí está don Braulio que lo puede decir, y todos los que me han conocido desde muchacha. Un solo parto he tenido, porque enviudé muy jóven, pero el mas feliz que se ha visto. La comadre se quedó aturdida. ¡Qué! Si carnes como las mias.....

Joaquina. Vamos, mamá.

D.ª Franc. Ya estoy mas fuerte: no es menester que me ayudeis. Quedaos á hacer compañía á este caballero. [*Aparte á Joaquina.*] Y cuidado, Joaquinita. A ver como le tratas con dulzura. Mira que ha de ser tu padre. En fin, tú no eres lerda, y procurarás no darme que sentir.

ESCENA XI.

JOAQUINA. LUISA. D. ENRIQUE.

D. Enr. Sabe Dios cuánto he sentido.....

Joaquina. No tienes que disculparte. Todo lo hemos oido desde la puerta. Me es sumamente sensible que hayamos de valernos de un medio que me repugna; pero por una parte me mueve á ello el verme comprometida á casarme con un hombre que no amo, perdiendo para siempre el que adoro; y por otra creo que nuestro ardid hará desengañar á mi madre, y me quitará el disgusto de ver en ella una conducta tan impropia de su estado y edad.

D. Enr. Yo la veo demasiado apasionada, y temo que nuestra tentativa no tenga el éxito que deseamos.

Joaquina. ¡Vano temor! Yo no te suponia tan

cobarde. Cuando seamos tan desgraciados que se frustren nuestras esperanzas, me verás dispuesta á abrazar cualquier partido decoroso que pueda proporcionarme la dicha de ser tuya. ¿Quieres mas?

D. Enr. Confieso mi error, y debes perdonármelo por ser hijo de mi ternura. Viva yo seguro de tu constancia y nada temo.— Permíteme que en tus brazos renueve el juramento de amarte hasta la muerte.

Joaquina. Aunque no lo mereces, no tengo valor para negártelo.

[*Se abrazan, y á este tiempo sale don Braulio de su cuarto con sombrero y baston.*]

Luisa. (Hago yo un buen papel por cierto.)

ESCENA XII.

JOAQUINA. LUISA. D. ENRIQUE. D. BRAULIO.

D. Braul. ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Lindamente..... (Estoy por molerle á palos.)

D. Enr. (Aquí es preciso disimular.....) [*A Joaquina con gravedad.*] Eso me gusta, señorita: que trate usted de complacer á su mamá, y á mí, que muy en breve tendré sobre usted.....

D. Braul. ¿Qué, qué?

D. Enr. El lugar y autoridad de padre.

D. Braul. Pero ¿qué significa eso?

D. Enr. Yo le diré á usted: esta señorita parece que mostraba alguna repugnancia á admitir el nuevo estado; pero al fin he podido convencerla, y me ha dado un abrazo en testimonio de su obediencia.

D. Braul. Ya; pero manifestar con abrazos su docilidad, es exagerarla demasiado.

D. Enr. ¿No vé usted que voy á casarme con su madre?.... No es extraño que el amor filial.....

D. Braul. Ya, ya.

Joaquina. Yo no me opongo á casarme; pero decia que tan de repente..... Ya vé usted: yo ¿qué entiendo de eso?

D. Braul. Pues. Y este caballerito queria instruirte.....

D. Enr. Yo he recomendado á Joaquinita la sumision y respeto que debe á su madre; las ventajas que se siguen de este matrimonio; las buenas prendas que adornan á usted, y en fin cuanto me ha parecido conducente para persuadirla á que se case cuanto antes. He tenido presente el singular servicio que usted me ha hecho, y he querido recompensarlo con otro semejante.

D. Braul. Bueno. ¿Y qué mas?

Joaquina. ¿Qué mas? Que yo miro con indiferencia los intereses; que lo que me mueve á elegir á usted para marido es su amabilidad y excelentes cualidades; que en cuanto á la edad, poco supone que me lleve usted cerca de cincuenta años.

D. Braul. No, hija; no son tantos.

Joaquina. Bien; quien dice cincuenta dice cuarenta y cinco: es lo mismo.

D. Braul. Eso tal cual.

Joaquina. Pues tambien experimentaré en usted el juicio, la prudencia, el verdadero amor, y otras virtudes tan poco comunes en los jóvenes. Además, usted está aun bastante fresco.....

D. Braul. Cuando se muda el tiempo suele molestarme un poco cierto destacamento reumático que tengo en esta pierna; pero con todo, no me cambio por el mas estirado de mi edad.

Joaquina. Pues. Y lo cierto es que usted se maneja bien y tiene siempre buen humor.

D. Braul. Es verdad, y ese piquito de angel me lo aumenta. ¡Bendita sea..... [*A Luisa, reparando en ella de repente.*] ¿Qué haces tú ahí, muchacha? Marcha allá dentro.

ESCENA XIII.

JOAQUINA. D. BRAULIO. D. ENRIQUE.

Joaquina. Con permiso de usted me retiro. Mi madre está un poco indispuesta.

D. Braul. Sí, sí, querida: anda, cuida de tu mamá. Yo tengo que salir, y el señor don Enrique me acompañará si gusta; pero te doy palabra de volver pronto.

Joaquina. Pues hasta luego. — Mire usted que hace mucho sol. Retírese usted á casa temprano; no vaya usted á coger un tabardillo.

D. Braul. Vendré, vendré volando..... ¿Para qué mas sol que tu cara?

ESCENA XIV.

D. BRAULIO. D. ENRIQUE.

D. Braul. ¿No es muy hechicera, don Enrique?.... No le hace á usted gracia aquel candor, aquella sal.....

D. Enr. No; no es fea....., pero vale mucho mas la madre.

D. Braul. Hombre, ¡qué diga usted eso! Es cosa de llevársele á uno la trampa cuando oye desatinos tan garrafales. Usted sí que debe de tener una venda en los ojos, y si me apura usted, otra mayor en el entendimiento. ¡Valer mas la madre que la hija! Tanta distancia hay de una á otra como de un sapo á una mariposa. ¡Señor don Enrique, cuidado, porque perderemos las amistades! Usted ensalce hasta las nubes á su *dueña Quintañona*; pero á mi niña.....

D. Enr. Vamos; que no lo decia yo por tanto. Cada uno tiene su gusto y su modo de juzgar; y cuando el hombre está apasionado.....

D. Braul. Bien, bien; se acabó. (Mejor será dejarle con su tema. ¿Habrá necio semejante?)

ESCENA XV.

LUISA.

Ya se van; doña Francisca está almorzando, y Joaquina no ignora el estado de mi corazon. Nada tengo que temer. Voy á llamar á Felipe para que lleve este billete á mi querido Mariano.

ESCENA XVI.

LUISA. BLASA.

Blasa. Señorita Luisa.....

Luisa. ¿Qué es eso? ¿Por qué lloras?

Blasa. ¿Qué tengo de hacer sino llorar? ¿Pues no sabe usted que me ha despedido la señora?

Luisa. Sí, y el motivo tambien lo sé.

Blasa. ¡Vea usted qué motivo tan poderoso! El pecado de la nanita. Pues ¡qué! ¿no sabria ya el señor don Enrique que su pelo es postizo? Y si lo ignoraba, ¿no debia suponer que no tardaria en averiguarlo una vez que está tan creida de que va á casarse con él?..... Pero sí; para ella está, la muy..... Iba á decir un disparate. Si no fuera porque todavía la tengo ley, aunque tan mal me paga, era capaz de asomarme al balcon y publicar á gritos todas sus faltas. Mire usted; tan incomodada estoy, que nada me falta para sacarle delante de todo el mundo sus trapitos á la colada.

Luisa. Eso sería muy mal hecho.

Blasa. Pues ya se vé. Tentada estoy por sacar á relucir la toalla de Venus, el guisopillo y todos esos menjurjes con que se pinta, los dientes postizos, y hasta lo del colchoncillo.

Luisa. Muchacha, ¿qué colchoncillo es ese?

Blasa. ¡Toma! ¿Pues no lo sabe usted? Muy atrasada está de noticias. Sí, señora; una especie de colchoncillo redondo que se lo trajeron de París de Francia, y lo lleva pegado al corsé..... ¿estamos?.... para arreglarse el talle, porque la pobre señora es tan ancha de arriba como de abajo. Y aun podria decir otras cosillas.....; pero no quiero murmurar de nadie.

Luisa. Me gusta la moderacion.

Blasa. ¿Usted no la ha visto desnuda?

Luisa. No llega á tanto nuestra confianza.

Blasa. Pues, hija de mi alma, toda es una pura maula. En quitándose las galas y tanta endemoniada trampa como lleva, no se la puede mirar sin asco. Con su almizcle y sus veinte y cinco alfileres está horrible, con que figúrese usted cómo estará sin ellos.

Luisa. Si ahora te oyera te mataba.

Blasa. ¿Y de qué le aprovechan tantos artificios, tantas malditas invenciones y tantos embustes? De que todo el mundo se ria de ella.

Luisa. Caridad, caridad, Blasita.

Blasa. Pero lo que mas coraje me dá es que nos la venga echando de elegante, graciosa y vivaracha como una niña de diez y ocho años. ¡Qué lástima de felpa!.... Otra cosa era cuando vivia en Calatayud. ¡Qué gobernosa para la casa! ¡Qué formalidad! ¡Qué vida tan ejemplar! Ya se acordará usted..... Yo estoy para mí que le han dado los enemigos.

Luisa. Mujer, no digas eso.

Blasa. Pues estará loca. Y en parte vale mas que le haya pillado la locura en Zaragoza, porque siquiera tiene cerca las gabias.

Luisa. Pero ¿tú piensas marcharte?

Blasa. Lo que es por la vieja, ni un momento pararia en casa, porque me empalaga hasta no mas; pero como tengo tanto cariño á doña Joaquinita.....

Luisa. Vaya, yo me empeñaré con doña Francisca para que te quedes; pero me has de dar palabra de no ser respondona con ella ni darle que sentir en adelante.

Blasa. Yo haré lo posible por aguantarla. Todos tenemos nuestra cruz en esta vida, y debemos llevarla con paciencia. La señorita tambien ha prometido hablar por mí.

Luisa. Pues anda á tus haciendas, que lo demás á nuestro cargo queda..... Oyes; dile á Felipe que venga.

Blasa. Voy allá; pero me parece que no está en casa.

ESCENA XVII.

LUISA.

¡Cuál será el sentimiento de Mariano cuando sepa la próxima venida de su rival y que se me obliga á darle la mano cuando llegue! Pero de todas suertes yo debo avisarle, y así podrá tentar todos los medios posibles para desimpresionar á mi padre..... ¡Ay Dios! ¿No es él? ¡Infeliz de mí si somos sorprendidos!

ESCENA XVIII.

LUISA. D. MARIANO.

Luisa. ¡Mariano!

D. Mariano. Perdona mi atrevimiento, Luisa mia. No podia vivir sin verte. Tu padre salió; Felipe me ha introducido sin ser visto, y el cielo quiere.....

Luisa. Yo tiemblo..... Si nos ven y mi padre lo sabe, somos perdidos. Vete por Dios..... Ha salido, pero puede ocurrirle volver pronto.

D. Mar. Felipe está en acecho para avisarnos si le ve venir. No hay cuidado.

Luisa. Ya sabes la enemistad de nuestros padres y que, á pesar de consistir en preocupaciones de uno y otro, no está en nuestra mano vencerlas. Yo es pero, no obstante, de la generosidad de mi padre que algun

dia se reconcilie con el tuyo, si se convence de que mi felicidad estriba en este sacrificio.

D. Mar. El mio lo desea con ansia. Le he descubierto ingénuamente el secreto de nuestro amor. Su genio demasiado violento, y su facilidad en dar crédito á las imposturas de un hombre vil, fueron causa de apartarse de la amistad de don Braulio; pero está desengañado y.....

Luisa. ¡Ay Mariano! Te detienes mucho..... Si él viene..... No sé que sería de mí al verme con el hijo de su enemigo.....

ESCENA XIX.

LUISA. D. MARIANO. FELIPE.

Felipe. Don Braulio, don Braulio viene, y ya está en el portal.

D. Mar. Hombre, ¿cómo te has descuidado tanto?

Felipe. Blasa ha tenido la culpa.

Luisa. ¡Dios mio! ¿Qué me sucede? Mira; corriendo..... en ese cuarto..... [*Luisa indica á don Mariano que se oculte en la habitacion de la derecha; pero éste con la turbacion no la entiende, y entra en la de don Braulio.*] No; en el otro..... Ya entró. ¡Qué fatal alucinamiento!

ESCENA XX.

LUISA. D. BRAULIO. FELIPE.

D. Braul. Rendido estoy de tanto callejear. Yo te aseguro, hija mia, que en volviendo á Calatayud no me han de sacar de mi chimenea á dos tirones. ¿Pues no es fuerte cosa que viene uno á Zaragoza de uvas á brevas sin mas objeto que rezar á la Vírgen del Pilar y distraerse unos dias, y le han de moler todos sus paisanos con encargos y mas encargos?

Luisa. Pero usted tambien todo lo quiere hacer en un dia.

D. Braul. ¡Y esta memoria mia tan infeliz! Mas allá del Coso he echado menos la carta del señor cura..... Y no hay arbitrio; hoy se ha de hacer la diligencia, porque el ordinario no puede detenerse..... Oye; encima de la mesa junto á unos papeles.....

Luisa. Voy, voy á traérsela á usted.

D. Braul. Y si no....., yo iré: déjalo.

Luisa. ¡Si yo sé dónde está!

D. Braul. No; que puedes trastornarme las cuentas de la cofradía. [*Entra en su cuarto.*]

ESCENA XXI.

LUISA. FELIPE.

Luisa. ¡Desgraciada de mí! Ahora le ve sin remedio.

Felipe. Puede que no.

Luisa. Felipe, yo estoy muerta.

ESCENA XXII.

LUISA. D. BRAULIO. FELIPE.

[*Don Braulio cierra la puerta y quita la llave.*]

Luisa. Pues esto es peor, que ahora cierra.

D. Braul. Vaya; vamos á sudar otro poco por esas calles.

Luisa. (Muy sosegado sale.) ¿Y se lleva usted la llave? ¿Para qué quiere usted ir cargado con ella?

D. Braul. No me estorba. Tengo ahí mil enredos, y si cualquiera entra.....

Luisa. Pues démela usted: yo la guardaré.

D. Braul. No; ¡si no pesa nada!

Luisa. Con eso se hará la cama mientras usted vuelve.

D. Braul. Muchacha, ¡si la cama ya está hecha!

Luisa. Es que yo quiero mudar la ropa.

D. Braul. ¡Qué empeño!.... Vaya, toma, y cuidado con tocar á nada. Felipe, ven tú conmigo.

ESCENA XXIII.

LUISA.

Algun santo ha rogado á Dios por mí. — En mi vida he pasado mayor susto. Pues si acierta á llevarse la llave como queria, la logramos. [*Observa en la puerta del foro.*] Ya ha bajado la escalera. Voy á abrirle, y que se vaya corriendo. [*Abre la puerta del cuarto de don Braulio.*] Mariano, Mariano.

ESCENA XXIV.

LUISA. DON MARIANO.

D. Mar. ¡Cuánto siento el mal rato que has llevado!

Luisa. Pero ¿cómo no te ha visto? ¡De buena nos hemos librado!

D. Mar. Me metí en la alcoba, y como no hizo mas que entrar y salir no reparó en mí; pero apenas me ví libre de un riesgo recelé exponerme á otro mayor, pues presumí que me dejaba encerrado.

Luisa. Vete, vete ya: no nos comprometamos. Este papel que iba á mandarte cuando entraste te informará de mi situacion. Toma..... [*Va á darle el papel y se detiene viendo á doña Francisca.*] ¡Ay Dios! Doña Francisca. Disimulemos.

ESCENA XXV.

DOÑA FRANCISCA. LUISA. D. MARIANO.

D. Mar. Beso á usted los piés, señora.

D.ª Franc. Servidora de usted..... Luisa, á mal tiempo vengo. No sabia que tuvieses tan bella ocupacion. El onceno no estorbar. [*Se pasea talareando con ridícula marcialidad.*] Tá, lará, lá, lará, lá.....

Luisa. No, señora. Me hace usted poco favor..... Este es un caballero á quien no tengo el honor de conocer..... (No sé qué diga.) Y ha venido por este papel que me ha dejado mi padre para que se lo entregue. [*Toma el papel don Mariano.*]

D.ª Franc. ¡Ah! bueno. ¿Por qué no toma usted asiento?

D. Mar. Mil gracias, señora. Me es indispensable retirarme.

D.ª Franc. Como usted guste. Esta casa es muy suya.

D. Mar. Y yo el último de sus criados. A los piés de ustedes.

D.ª Franc. Beso á usted la mano.

ESCENA XXVI.

DOÑA FRANCISCA. LUISA.

D.ª Franc. ¡Lindo jóven, Luisita!.... Y su cara no me es desconocida.

Luisa. No me desagrada.

D.ª Franc. Pero no tiene comparacion con mi Enrique. Aquella finura, aquel talle, aquella fisonomía tan interesante..... Todo, todo en él es amable. ¡Ah! Muy en breve tendré la incomparable dicha de llamarle mio. Hasta aquel momento no tendré sosiego..... Jamás me creí capaz de tanto amor. Pero ¿á quién no embelesarán sus gracias? Y luego ¡es tanto lo que él me quiere!.... Vamos; ¡sobre que no sé lo que me pasa! El placer me enajena. Voy de una parte á otra como loca. Me pongo á repasar mis lecciones de música, y me distraigo, me desentono; tomo un libro, y me fastidia..... No sé ocuparme en otra cosa que en la contemplacion de mi dueño.—El pobre Adonis es el que ha pagado mi inquietud. Pasaba yo por el corredor cantando el *Potrito*, y sin advertir que venia hácia mí puesto en dos piés y haciendo mil monerías, le he dado un puntapié que le ha hecho chillar media hora. ¡Animalito!.... ¡Ah! dime Luisa, ¿cuándo te casas? Tu padre me ha dicho que te tiene un novio prevenido.

Luisa. Es verdad.

D.ª Franc. Bien. ¿Y te conformas?

Luisa. Si he de hablar con ingenuidad, no le amo; pero si se empeña mi padre, no tendré valor para disgustarle.

D.ª Franc. ¿No le has tratado?

Luisa. Muy poco.

D.ª Franc. Pues bien; yo veré si puedo disuadir á tu padre. ¿Qué te parece? Pocas palabras necesito decirle para tenerle de nuestra parte. Señor don Braulio, no case usted á su hija contra su gusto, ó no le doy la mia. ¿Eh, qué tal? No me replicará.

Luisa. Y si luego.....

D.ª Franc. No tengas cuidado. Todo se compondrá.

Luisa. Un empeño tengo con usted.

D.ª Franc. Ya sé lo que vas á decir. Joaquina me ha venido con la misma súplica. Que no despache á Blasa: ¿no es verdad? Ya ves que es una picotera, atrevida..... ¡Jesus! Hoy me ha hecho desesperar.

Luisa. No ha sabido lo que ha hecho. ¡Si viera usted cómo lloraba!....

D.ª Franc. Vaya; basta que os empeñeis, y que estamos en tiempo de gracias, la perdono; pero á la primera que me haga la planto en la calle.

Luisa. No volverá á incomodar á usted.

D.ª Franc. Dios lo quiera. ¿Vas adentro?

Luisa. Sí, señora. No quiero que mi padre me encuentre ociosa.

D.ª Franc. Haces muy bien.

ESCENA XXVII.

DOÑA FRANCISCA.

¡Si vendrá luego mi Enrique! ¡Oh! no tardará; como que no puede vivir sin mí.—Si bien se mira, aunque tengo algunos años mas que él, todavía conservo atractivos..... Esa bestia de Blasa me ha hecho un flaco servicio. ¡Ir á descubrir que llevo peluca!.... Me parece que la hubiera ahogado.

ESCENA XXVIII.

DOÑA FRANCISCA. JOAQUINA.

D.ª Franc. ¿A dónde, niña?

Joaquina. Voy un rato al jardin.

D.ª Franc. Espera. Tengo que decirte.

Joaquina. Lo que usted guste.

D.ª Franc. Quiero que me digas de una vez y sin rodeos si tratas de casarte con don Braulio.

Joaquina. Mire usted, mamá: yo no abrazaba con gusto el estado del matrimonio; no porque me desagrade el novio; muy al contrario; sino porque aun tengo pocos años, y sentia por un lado perder la libertad de soltera, y por otro me afligia la idea de separarme de usted; pero me he hecho cargo de las prendas recomendables de don Braulio, y además se ha empeñado don Enrique.....

D.ª Franc. ¿Qué es eso de don Enrique? ¿No sabes que hablas de mi esposo? Mi papá has de decir de aquí en adelante.

Joaquina. Pues mi papá iba á decir. ¡Si no me ha dejado usted acabar!

D.ª Franc. Ni vengas á ponerme mala cara porque me caso; que no has de ser tú sola la que te acomodes, ni mi edad es tan avanzada que se me condene á podrirme entre cuatro paredes. No pienses por eso que yo me iria á casar con el primer pisaverde que se me presentara. Tengo yo un poquito mas de orgullo. Si consiento en que don Enrique sea mi esposo es porque ha sabido merecerme primero. De lo contrario, predica-

ria en desierto. ¡Oh! si yo fuera menos escrupulosa, tendria los novios á docenas. — Vamos, dí.

Joaquina. Digo que mi papá.....

D.ª Franc. Así me gusta.

Joaquina. Me ha hablado del asunto, y tan convincentes han sido sus razones, que le he prometido obedecer sus órdenes sin réplica.

D.ª Franc. ¡Hija mia!.... Nunca he pronunciado este nombre con mas regocijo. Dios te recompense el gusto que acabas de darme. Pronto volverá mi Enrique, y le diré para satisfaccion suya que Joaquinita le ama entrañablemente. ¿No es así?

Joaquina. Sí, señora, entrañablemente.

D.ª Franc. Y que le llama de corazon su papá.

[*Vanse por la puerta del foro.*]

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

D. MARIANO. FELIPE.

Felipe. Al instante dice que sube.

D. Mar. ¿Y don Braulio? No quisiera que me viese.

Felipe. Acaba de llegar y se ha metido en su cuarto á despachar el correo. Ya tiene para un buen rato.

D. Mar. No sé si acertaré en el paso que voy á dar. Tú dices que esa señora merece toda la confianza de don Braulio.

Felipe. ¡Vaya! ¡Si son uña y carne! Contemple usted; como que se va á casar con su hija. ¡Lástima de señorita tan linda y tan hábil írsela á dar á un vejancon!

D. Mar. Me parece que ya sube.

Felipe. Sí..... Ahí la tiene usted: yo me marcho.

D. Mar. Oyes: procura avisar á Luisa.....

Felipe. Ya, ya estoy.

[*Se va por la puerta de la derecha.*]

ESCENA II.

DOÑA FRANCISCA. DON MARIANO.

D.ª Franc. Usted me disimulará que le haya hecho esperar.

D. Mar. Antes usted ha de perdonar que venga á molestarla.

D.ª Franc. ¿Busca usted á don Braulio? Le avisaré.

D. Mar. No, señora: á usted es á quien busco.

D.ª Franc. ¿A mí? Pues vea usted en qué puedo servirle.

D. Mar. Ante todas cosas me tomo la libertad de encargar á usted la mayor reserva.

D.ª Franc. Pierda usted cuidado. Yo sé muy bien guardar un secreto. Hágame usted el gusto de sentarse. [*Se sienta.*]

D. Mar. [*Sentándose.*] Usted extrañará que sin tener el honor de haberla tratado.....

D.ª Franc. ¡Qué! No, señor..... Prosiga usted, sin cumplimiento..... (¿Qué embajada será esta?)

D. Mar. El amor, si me es permitido usar de esta palabra, es quien ha guiado mis pasos á esta casa. Usted conocerá lo dificil que es á un corazon enamorado desterrar de sí el dulce objeto que le posée.

D.ª Franc. Es positivo. (¡Qué pronto se ha enamorado de mí!)

D. Mar. Bien veo que estará usted prevenida á favor de otro, pero si se persuade de la pureza y enerjía de mi cariño, no dudo que compasiva se decida por mi causa.

D.ª Franc. Pero ¿está usted seguro.....

D. Mar. Perdone usted, señora. A no estarlo tanto de su bondad, no me hubiera determinado á hacer una declaracion.....

D.ª Franc. (Este hombre está perdido.)

D. Mar. Sí; yo espero con fundamento que usted se prestará gustosa á mi solicitud.

D.ª Franc. Segun como sea.

D. Mar. No será el corazon de usted tan empedernido que se desdeñe de enjugar las lágrimas de un infeliz amante.

D.ª Franc. (Sí, ya estás fresco.)

D. Mar. ¿Mereceré que usted me atienda? ¿Podré esperar una respuesta favorable? ¡Ah señora! De usted sola pende mi felicidad.

D.ª Franc. [*Levantándose, y tambien don Mariano.*] Poco á poco, caballero. ¿Qué lenguaje es ese? ¿Cómo tiene usted osadía para hablarme de ese modo? — No sé cómo he podido sufrir.....

D. Mar. Señora, si he faltado en algo.....

D.ª Franc. ¿Cómo si ha faltado usted? Alabo la frescura. ¡Pues no es cosa de cuidado! ¡Vaya, vaya! ¡Venir de mano armada y con ese descaro á enamorarme!

D. Mar. No sé por qué.....

D.ª Franc. Yo no he visto desfachatez como ella. ¿Sabe usted con quién trata? ¡Qué! ¿no hay mas que llegar y.....

D. Mar. Pero ¿quién.....

D.ª Franc. ¡Pues el hombre no es muy mosca que digamos! ¡Y cortito de genio en gracia de Dios! ¿Quién le ha dado á usted pié para atreverse á tanto?

D. Mar. Óigame usted, señora.

D.ª Franc. ¿Quiere usted que aun oiga mas? Usted está loco sin duda..... (Vamos, mejor será tomarlo á risa.) Señor mio, usted es muy galan, perora grandemente, y parece práctico en el arte; pero en esta ocasion ha echado mal viaje. ¡Cómo ha de ser! Lo siento.

D. Mar. ¿No podré conseguir que usted me escuche?

D.ª Franc. No, señor, no, señor. Ya me voy enfadando..... ¿A ver cómo da usted lugar á que venga el que luego será mi marido, y le arroje á usted por un balcon?

D. Mar. (Mejor será irme y dejarla con su demencia. ¡Iba yo á buscar un buen apoyo!)

D.ª Franc. Eso es otra cosa. Ya veo que usted reconoce su yerro y se arrepiente; y hace usted muy bien, porque lo demas sería una temeridad.

D. Mar. Pero si mi intencion.....

D.ª Franc. ¿Volvemos ya?

D. Mar. Esto es ya mas que locura. Adios, señora.

ESCENA III.

DOÑA FRANCISCA.

Qué bueno va el señor narciso!.... Por un lado me da lástima..... ¡Y venia poco satisfecho de ser correspondido!.... ¡Ay Enrique mio! No tendrá que acusarse tu Paquita, no digo de una infidelidad semejante, sino de solo imaginar olvidarte un momento. Al contrario, ve aquí una prueba de mi firmeza. Admite la víctima que acabo de sacrificarte. ¡Qué placer será el suyo cuando se lo cuente! Su amor me pagará con usura esta fineza. ¡El buen caballerito almíbar!.... No; no las tenia yo todas conmigo. Y tal vez no me habrá visto en su vida, sino cuando vino por el papel..... Se lo voy á decir á Luisa para que se ria un poco. [*Llamando desde la puerta de la derecha.*] ¡Luisita, Luisita!

ESCENA IV.

DOÑA FRANCISCA. LUISA.

Luisa. ¿Llamaba usted?

D.ª Franc. Sí. Te voy á contar un lance muy gracioso que acaba de sucederme. ¿Querrás creer que aquel caballerete que hablaba contigo, y vino segun me dijiste por un papel que dejó tu padre, está enamorado perdido de mí?

Luisa. ¡De usted! Pues ¿cómo.....

D.ª Franc. Ni mas ni menos. Ha vuelto preguntando por mí; yo estaba en el jardin; me pasa el recado Felipe; subo, y como no podia figurarme la causa de su venida, creí desde luego que buscaba á don Braulio; pero él no tardó mucho en desengañarme. Señora, á usted sola es á quien busco, me dijo: el amor me ha conducido á esta casa y él puede disculpar mi atrevimiento: ya veo que este lenguaje en boca de un desconocido sorprenderá á usted; pero yo sé que hablo con una señora llena de bondad, y no me negará el perdon..... ¿Qué sé yo cuántas cosas! Por último, que yo sola podia hacerle feliz.—Y ese pájaro no es nuevo para mí. No puedo acordarme dónde le he visto..... Creo que en Calatayud.

Luisa. Y usted ¿qué le respondió?

D.ª Franc. Yo le contesté como debia: afeándole su imprudencia; mostrándole cuánto me habia ofendido, y mandándole con todo el imperio y dignidad de mi sexo que no volviera á solicitarme. Pero él, nada; ni por esas; empeñado en que habia de oirle; hasta que, viéndose aburrido y contemplando su pleito en mal estado, se fué al parecer de muy mal humor. ¡Pobre diablo!

Luisa. ¡Ay doña Francisca! ¿qué ha hecho usted? Una mala interpretacion, y el no estar usted prevenida por mí, han sido causa de que haya ultrajado á mi amante.

D.ª Franc. ¿Tu amante? ¿Qué me dices? ¡Pues la hemos hecho buena! ¿Quién habia de pensar......

Luisa. Sí, señora: mal podria ocultarlo. ¡Infeliz de mí! Se habrá ido desesperado, y acaso no volverá.

D.ª Franc. Pero, muchacha, sin decirme nada..... ¡El chasco es bueno! Y él vendria.....

Luisa. Venia á suplicar á usted que se empeñase con mi padre para que nos casara. Felipe me lo ha dicho.

D.ª Franc. Calla, que todo puede remediarse. ¿Sabes dónde vive?

Luisa. Sí, señora; muy cerca de aqui.

D.ª Franc. Pues á su casa vamos las dos, y yo te prometo que te casarás hoy mismo si quieres.

Luisa. Yo no me determino..... Mi padre lo tomará á mal.

D.ª Franc. No tengas cuidado.—Blasa.

Blasa. [*Desde adentro.*] ¿Qué manda usted?

D.ª Franc. [*A la puerta de la derecha.*] Mi mantilla y la de Luisa. Pronto.

Luisa. Temblando estoy.

D.ª Franc. Asi mismo iremos, una vez que vive tan cerca.

ESCENA V.

DOÑA FRANCISCA. LUISA. BLASA.

Luisa. Aquí estan las mantillas.

D.ª Franc. Toma: esta es la tuya; póntela al

instante. El tiempo es precioso, y yo no viviré hasta enmendar mi yerro. ¿Estás ya?—Vamos.

ESCENA VI.

BLASA.

¿Qué prisa será esta?.... ¡Eh! Cosas de doña Francisca. *A la vejez viruelas.* ¡Demontre de tia! ¿A dónde llevará á la pobre señorita?.... Puede que vaya á ver á don Enrique.—Es cosa de risa verla tan satisfecha de que se muere por ella. ¡Qué chasco cuando se descubra el pastel! Entonces acaba de perder el seso. ¡Qué pestes echará por aquella boca! Será cosa de taparse los oidos. ¿Y no sería un dolor que un señorito tan galan y tan guapo se casase con ella? Si fuera solamente vieja, vamos, podria pasar. Como de esas cosas se ven en el dia. ¡Pero tan ridícula, tan estrafalaria!.... ¡Jesus María! ¡Qué ganas tengo de perderla de vista!

ESCENA VII.

D. ENRIQUE. BLASA.

Blasa. ¡Oh, señor don Enrique, á qué buen tiempo!

D. Enr. ¿Qué hace Joaquinita?

Blasa. Allí dentro está impaciente por la tardanza de usted.

D. Enr. No he podido venir antes.—Pero doña Francisca.....

Blasa. No hay cuidado: acaba de salir. Don Braulio está encerrado en su cuarto..... Ea, aquí tiene usted á la señorita.

ESCENA VIII.

D. ENRIQUE. JOAQUINA.

Joaquina. Deseando estaba que vinieras.

D. Enr. Tú has llorado..... ¿Qué ha sucedido?

Joaquina. Mira, Enrique: así no podemos seguir. A mí me es violento disimular el cariño cuando te veo. Es muy natural que á tí te suceda lo mismo. Los criados no están ignorantes de lo que pasa, y aunque los vemos de nuestra parte, se debe fiar poco de ellos. Fuera de esto, mi madre está tan alucinada que solo piensa en apresurar su casamiento. En el corto espacio de tres horas ha tomado tánto incremento en su pecho esa fatal pasion, que la tiene sin sosiego. Considera si se dá mas pábulo á su capricho cuántos males debemos temer. No hemos obrado con cordura, Enrique. Debíamos haber previsto.....

D. Enr. ¡Inútiles lamentos! Bien sabes que yo desaprobaba mas que tú el arbitrio de que nos hemos valido. Tú no te resolviste á venir á mi casa por no disgustar á tu madre; y ahora te convencerás de cuánto mayor será el sentimiento que vamos á ocasionarla. Me culpaste de poco fino cuando te quise manifestar las resultas que podria tener esta farsa, y ahora.....

Joaquina. Sí; yo sola tengo la culpa. Mi propio corazon me acusa. He reflexionado á mis solas, y veo lo mal que hemos procedido. Mis ojos se han anegado en lágrimas.

D. Enr. ¿Y acaso se remediará nuestro error con el llanto?

Joaquina. Mi madre me aborrecerá cuando lo sepa.

D. Enr. Antes yo espero que con el tiempo volverá en sí, y te colmará de bendiciones por haber sido la autora de su desengaño.

Joaquina. ¡Ah! Tú no sabes cuánto se ha arraigado en su corazon ese fatal amor.

D. Enr. Yo estoy asombrado. ¡Sin haberla hablado mas que una vez, y esa con la mayor tibieza, como que me era imposible fingir que la amaba.....

Joaquina. Además, al pobre don Braulio tambien le hemos hecho concebir esperanzas que no tenia, y el buen señor sentirá en el alma verse burlado..... ¿Te ries? ¡Pues eso me faltaba!

D. Enr. ¿No quieres que me ria de ver el laberinto en que nos hemos metido?

Joaquina. Ya veo lo poco que te debo, pues haces mofa de mi sentimiento.

D. Enr. Te engañas: acaso el mio será mayor, pero gozo de la serenidad que á tí te falta y tan necesaria es en semejantes casos. Cobra ánimo, Joaquina; no te aflijas.

Joaquina. ¿Y qué deberemos hacer en situacion tan crítica?

D. Enr. Yo soy de parecer que nos descubramos á don Braulio. Él tiene muy buen corazon, y aunque en efecto sentirá ver frustradas sus esperanzas, no será tan injusto ni tan temerario que aspire á la mano de una jóven que no puede amarle. Él no ignora lo que es la juventud, y podemos estar seguros de que no solo disculpará nuestros yerros, sino que hará cuanto pueda para alcanzarnos el consentimiento de tu madre.

Joaquina. Veo que no podemos resolver cosa mejor.

D. Enr. Pues sin perder tiempo voy á verle.

Joaquina. No: deja; yo le hablaré.

D. Enr. Bien dices. En boca de una dama muchas veces son apreciables para los hombres hasta los desengaños. Pero en la de un rival ¿quién los tolera?—¿Vas á verle ahora?

Joaquina. Sí; ahora mismo.

D. Enr. Pues yo me retiro. [*Entra en la habitacion de la derecha.*]

Joaquina. [*A la puerta de la izquierda, y sale don Braulio.*] Señor don Braulio.

ESCENA IX.

JOAQUINA. D. BRAULIO.

D. Braul. ¿Quién me llama?—Pero ¿qué es lo que veo? ¿Podré dar crédito á mis ojos? Mi Joaquinita, el alma de mi vida, el hechizo de mi corazon ¿se digna de visitarme? ¡Oh, qué felicidad! ¿Qué quieres, qué quieres de mí?.... Pero no me lo digas. Ese color de rosa que enciende tus mejillas me declara lo que tu rubor no se atreve á explicar. Vendrás ¿quién lo duda? á poner término á mi ansiedad, á.....

Joaquina. No, señor: no vengo á eso.

D. Braul. ¿Pues cuál es tu pretension?

Joaquina. Si usted no se ofendiera.....

D. Braul. ¿Yo ofenderme, criatura? Si sabes que Braulio te ama, Braulio te adora, Braulio está muerto por tí..... Si sabes que tú eres mi gloria, mi consuelo, mi delicia, mi.....

Joaquina. ¡Señor don Braulio!....

D. Braul. Perdóname, Joaquinita. En viendo esos luceros pierdo los estribos. Pero vamos; ¿no me dices lo que quieres?

Joaquina. Yo no me atrevo.....

D. Braul. (¡Ay Dios mio!)

Joaquina. La noticia que voy á dar á usted.....

D. Braul. ¿Qué noticia ha de haber mala para mí cuando voy á ser tu marido? ¿Les ha acometido el usagre á mis ganados? ¿Ha entrado la langosta en mis heredades? ¿Se han muerto todos mis parientes?—Todo importa poco si tú.....

Joaquina. Señor don Braulio, llegó el momento de descubrir á usted mi corazon. Sabe Dios cuánto me pesa el disgusto que voy á darle; pero no me parece lícito tener mas tiempo engañado á un anciano tan digno de respeto y que tanto aprecio me merece, ya que inconsideradamente lo he hecho hasta ahora.

D. Braul. (Esto vá malo. El exordio me anuncia calabazas.)

Joaquina. Yo no puedo ser esposa de usted de ningun modo. Ya habia ofrecido á otro mi mano y mi corazon antes que usted se hospedase en esta casa. Si hubiera de elegir á alguno para marido, fuera del que ya es dueño de mi albedrío, usted sería preferido.....

D. Braul. ¡Triste consuelo!.... Adelante, hija mia. (¡Aquí de la resignacion!)

Joaquina. Yo no me atreví en un principio á declararme á mi madre..... ¡Ojalá lo hubiera hecho.

D. Braul. ¡Ojalá, y yo me ahorraría este trago!—Vamos; no te apures, Joaquinita. ¡Cómo ha de ser!.... Lo mas ya lo has dicho: ya sé que estoy desahuciado. Resta ahora saber quién es ese duende.

Joaquina. Ya puede usted presumir quién será..... Don Enrique.

D. Braul. ¡Hola, el insigne don Enrique! ¿Con que su amor á tu madre, sus grandes deseos de casarse con ella, y todo aquel aparato han sido una farándula? Ah, ah, ah, sin ganas me rio..... La fiesta será cuando lo sepa doña Francisca.—Mira, Joaquinita: aunque yo me enojase ahora, y manifestase de cualquier manera mi resentimiento, estaria en cierto modo autorizado para ello; porque al fin no soy ningun dominguillo para que se juegue conmigo, y ni tú ni don Enrique habeis tenido motivo para hacerme representar un papel tan risible. Si tu madre es una atolondrada, yo no. A fe que si hubiérais procedido conmigo como debiais, imitando la franqueza que acompaña á todas mis acciones, á todos nos hubiera tenido cuenta. Pero ya está hecho, y para estas ocasiones es la prudencia. En mí siempre tendreis un buen amigo, y solo por el gusto de ver abatida la vanidad tonta de esa señora os perdono la chulada que me habeis jugado.

Joaquina. Viendo á mi madre tan obstinada en su delirio y con tanto empeño en que yo me desposase con usted, no sabíamos qué determinar.....

D. Braul. ¿Y salió de esas cabezas el gran proyecto de volvernos tarumbas á los dos?—¡Vaya, que el diablo no haria mas! Solo siento que cuando estaba mas ajeno de pensar en amoríos y bodas, me habíais hecho consentir..... Pero vosotros no teneis la culpa: quien la tiene es esa madre que Dios te ha dado; esa..... Vamos; por mi parte, lo repito, no hay nada que hacer. Yo estaba creido de que una niña graciosa y amable iba á llenar de gozo el resto de mis dias: me he equivocado como hombre, pero no me pesa. Una alma justa y tierna no puede ser feliz labrando la desventura de sus semejantes. Por otra parte, soy demasiado dócil para dejar de conocer que hay una diferencia desmesurada de don Enrique á mí, y no soy tan insensato como doña Francisca. Bastante te digo. ¿Está en casa?

Joaquina. No, señor; ha salido.

D. Braul. Pues así que venga le diré cuanto pasa, y te prometo obtener su permiso para casaros. Lo conseguiré, sí; ya se guardará de negármelo.

Joaquina. No esperaba yo menos de la generosidad de usted. Jamás olvidaré este rasgo admirable de bondad en que tanto muestra usted la grandeza de su alma. Yo no era digna sino de su desprecio, y sin embargo.....

D. Braul. Basta, basta. Yo no hago mas de lo que debo. Veremos si tu madre hace lo mismo.

Joaquina. Me parece que la oigo allá bajo.

D. Braul. ¿Está ahí don Enrique?

Joaquina. Sí, señor; en el gabinete está.

D. Braul. [*A la puerta de la derecha.*] Don Enrique.

ESCENA X.

JOAQUINA. D. BRAULIO. D. ENRIQUE.

D. Enr. ¡Señor don Braulio!
D. Braul. Venga usted aquí, buena alhaja..... Ea, á mi cuarto los dos; aprisa.
D. Enr. Pero ¿qué.....
D. Braul. Ya lo vereis. Pronto, que sube: andad. Quiero sorprenderla.
[*Entran los tres en el cuarto de don Braulio.*]

ESCENA XI.

DOÑA FRANCISCA. LUISA. D. MARIANO.

D.ª Franc. Todavía está don Braulio en su cuarto. Yo voy á hablarle. Entren ustedes mientras tanto á esa sala.
Luisa. Yo temo.....
D.ª Franc. Nada hay que temer. Adentro. [*Luisa y don Mariano entran en la habitacion de la derecha: la puerta queda abierta.*]

ESCENA XII.

DOÑA FRANCISCA.

En desplegando yo mis labios está concedido al momento. Dios me ha dado el don de atraer á los hombres..... [*Llamando desde la puerta de la izquierda: don Braulio sale y la deja abierta.*] Señor don Braulio.

ESCENA XIII.

DOÑA FRANCISCA. D. BRAULIO.

D. Braul. ¡Oh mi señora doña Francisca!
D.ª Franc. Tenemos que hablar. ¿Sabe usted que hay una gran novedad en casa?
D. Braul. (Novedad..... ¿Si lo sabrá ya?) Dígame usted: ¿es sobre la muchacha?
D.ª Franc. Cabalmente. Qué, ¿ya sabe usted algo?
D. Braul. ¡Vaya si sé!
D.ª Franc. Pues, señor, está resuelta á no admitir el novio que se le ha propuesto aunque la maten.
D. Braul. (Ese soy yo.)
D.ª Franc. Porque hace muchos dias que está enamorada de otro.
D. Braul. (Ese es don Enrique.—¿Es bruja esta mujer? ¡Eh! Algun criado se lo habrá dicho..... Pero ¿cómo está tan serena?)
D.ª Franc. ¿Está usted discurriendo quién será el amante?
D. Braul. Lo sé tan bien como usted.
D.ª Franc. Ya; pero es muy singular que usted reciba un golpe de esta naturaleza con tanta frescura como si se bebiera un vaso de agua.
D. Braul. Aun me admiro yo mas de ver á usted, no solo tranquila, sino complacida y risueña.
D.ª Franc. ¿Tengo yo motivo para otra cosa? Si los muchachos se quieren, ¿por qué hemos de tiranizar su voluntad? Lejos de costarme la menor violencia el proteger un amor tan legítimo, me resulta de ello una especial satisfaccion.
D. Braul. Pues á mí no me gana usted ni nadie á desinteresado en esta parte. Ello sí, no deja de pasmarme esta ocurrencia, porque estaba fuera de todos mis cálculos.
D.ª Franc. Pero en fin, usted no tendrá reparo en cederla.....
D. Braul. ¿Mando yo en su corazon? Ellos se quieren: ¿no es cierto? Pues por mi parte que se casen, y buen provecho les haga, una vez que usted se conforma.....
D.ª Franc. ¿Pues no me tengo de conformar si vengo á empeñarme por ellos? Vamos; esto es hecho. Usted procede como quien es. ¡Viva la prudencia de mi paisano!—¡Muchachos! [*Doña Francisca se aproxima á la puerta de la derecha; á sus últimas palabras salen Luisa y don Mariano, y se postran á los piés de don Braulio.*] Don Braulio os perdona. Andad; abrazadle y recibid su bendicion.

ESCENA XIV.

DOÑA FRANCISCA. LUISA. D. BRAULIO.
D. MARIANO.

Luisa. ¡Padre!
D. Braul. ¿Qué es lo que veo?.... ¡Hija ingrata!.... Y tú..... Apartaos de mí.
D.ª Franc. ¿Ahora salimos con eso?
Luisa. Yo confieso que soy culpada; pero si no le es á usted indiferente la vida de su hija, merezca el perdon.....
D. Mar. Sí, Luisa. Confia en que nos perdonará. De un padre tan bueno no debe esperarse menos. Si la enemistad con el mio puede ser causa.....
D. Braul. Tú sabes que me insultó públicamente sin otro fundamento que su demasiada credulidad á las calumnias de un perverso que le persuadió por sus fines particulares de que yo atentaba á su reputacion. Debia haberme hecho mas justicia.
D. Mar. Ya hace tiempo que está desengañado; y convencido de la inocencia de usted desea con ansia la reconciliacion.
D. Braul. Hemos sido muy amigos.
D. Mar. Por lo mismo siente muy de veras haber ofendido á usted.
D. Braul. ¿Y sabe que tú quieres á mi hija? ¿Te ha dado permiso para venir á Zaragoza?
D. Mar. Sí, señor, y está muy contento de mi buena eleccion.
D. Braul. Vamos; levantad; venid á mis brazos. Yo os perdono el haberme ocultado hasta ahora vuestro cariño.
Luisa. Temíamos que usted lo llevase á mal.
D. Braul. Es verdad: no me juzgábais á propósito para hacerme vuestro confidente.—Y

bien, doña Francisca, yo he interpretado mal el discurso de usted, como ha visto; pero no quiero que diga en ningun tiempo que su amigo la ha desairado. Ahora tengo yo otro empeño con usted.

D.ª Franc. Concedido, concedido.

D. Braul. Muy pronto ha dado usted el sí. ¿Será cosa de arrepentirse luego?

D.ª Franc. ¡Que sea usted tan machaca!

D. Braul. Mire usted que aquí no se trata de una bagatela, doña Francisca, sino de un sacrificio muy costoso.

D.ª Franc. Pobre, hombre, ¿piensa usted que no leo su pensamiento? El sacrificio en tal caso será de usted y no mio. Habrá usted descubierto, claro está, que mi chica tiene otros amores, y como buen filósofo se habrá decidido á abandonar el campo.

D. Braul. Algo hay, algo hay de eso; pero cuando usted sepa que mi rival es.....

D.ª Franc. Sea quien fuere. Usted acaba de probarnos que es un padre justo: ¿por qué no he de esforzarme yo á imitarle? En siendo hombre de bien y agradando á mi hija, ningun inconveniente tendré en que se case, mediante la loable condescendencia de usted. Enrique y yo ¿no nos casamos tambien á nuestro gusto? ¿Nos sabria bien que se quisiera condenar nuestra recíproca inclinacion? ¿Quisiéramos que se frustrara un enlace que para ambos ha de ser fuente perenne de dichas y de placeres?.... ¡Ah! No puedo imaginarlo sin que el corazon salte en el pecho de contento. Ya me parece que me veo en ello. Pasado mañana es dia de fiesta. Para entonces ya estará todo corriente. Por supuesto, las tres amonestaciones en una, y al instante á celebrar la boda..... ¡Cuánto nos hemos de divertir aquella noche! ¡Qué cena! ¡Qué baile! Y después.....

D. Braul. ¡Qué taravilla, Dios mio!.... ¿No se ha de cansar usted de delirar, señora?

D.ª Franc. ¿Qué llama usted delirar? Con que estando tan cerca el dia.....

D. Braul. Sí; ¡el amargo dia del desengaño!

D.ª Franc. ¿Qué quiere usted decir con eso?

D. Braul. Ya es hora de que salgamos todos de enredos y embolismos. Sepa usted que el señor don Enrique, aunque confiesa el extraordinario mérito de doña Francisca, y que á pesar de sus años está dotada de toda la gracia, hermosura, garbo y gentileza de la jóven mas sobresaliente, no piensa casarse con ella ni lo ha pensado jamás.

D.ª Franc. Eso no puede ser, porque.....

D. Braul. Poquito á poco. *Item.* La señorita Joaquina, aunque ha dado palabra á su madre de ser esposa de don Braulio, de nada está mas distante que de cumplirla.

D.ª Franc. Bien: eso pase; pero.....

D. Braul. *Item.* La susodicha doña Joaquinita ha jurado no consentir en ser mujer de otro que del mencionado don Enrique, porque ambos se aman ciegamente, y ninguno de los dos quiere consorte que haya conocido á Cárlos III.

D.ª Franc. ¿Se ha empeñado usted en hacerme rabiar? ¿No sabe que me incomodan esas bufonadas?

Luisa. Mi padre dice á usted la verdad.

D. Braul. *Item.* Don Braulio, que por la misericordia de Dios aun conserva un poco de seso que á alguna persona le vendria muy al caso, cede de su derecho, si ha tenido alguno, y se complacerá mucho en ver unidos dos amantes que han nacido el uno para el otro; añadiendo que lo demás sería obrar con ninguna justicia, y con mucha crueldad, mucho egoismo y mucha preocupacion.

D.ª Franc. Pues doña Francisca de ningun modo prestará su consentimiento para esa boda. ¡Felonía como ella! ¡Venderme asi! ¡Atreverse esa mocosa á competencias conmigo!—Estoy desatinada; estoy de cólera que no veo. A mí semejante desprecio? ¿A mí?—Se acordarán.

D. Braul. Tranquilícese usted.

D.ª Franc. ¡Vaya usted enhoramala y no me apure mas la paciencia! Usted tiene la culpa de todo.

D. Braul. Haga usted por moderarse un poco, señora.

D.ª Franc. No quiero moderarme. Al cabo habia de ser un viejo gotoso y asmático el que me la habia de pegar.

D. Braul. ¡Oiga usted, señora *Medusa*, furia infernal.....

D.ª Franc. ¡Infamia!.... ¡Traicion!....

Luisa. Padre, por Dios.....

D. Mar. Señora.....

D.ª Franc. No se casarán.

D. Braul. Sí se casarán; si no con el permiso de usted, sin él.

D.ª Franc. ¿Y quién se atreverá.....

D. Braul. Vaya, doña Francisca, no riñamos ni demos que decir á la vecindad con nuestros gritos. ¿Será posible que no haya de entrar en usted la reflexion? ¿No quiere usted conocer cuánto desdicen de su edad esas pretensiones, esos amores, esas puerilidades que le atraen la mofa y el escarnio de todos? ¿No ve usted que ya la señalan con el dedo? ¿No es fuerte cosa que en cuatro meses que ha vivido usted en Zaragoza se hayan convertido aquel juicio y aquella sensatez que eran la admiracion de Calatayud en este desvarío? [*Doña Francisca llora.*] Créame usted, doña Francisca: déjese usted de tonterías. Fuera bailes, fuera adornos extravagantes, fuera quebraderos de cabeza..... Quien habla á usted asi no la quiere mal.

D.ª Franc. Pero ¿dónde está, dónde está mi hija? ¿Por qué se esconde de mí?

D. Braul. Eso sí. Vuelva usted por su decoro, y triunfe la razon de la tiranía de las pa-

siones. Ahora es usted mi verdadera amiga.

[*Joaquina y don Enrique salen del cuarto de don Braulio y se arrodillan delante de doña Francisca.*]

ESCENA XV.

DOÑA FRANCISCA. LUISA. JOAQUINA. DON BRAULIO. D. ENRIQUE. D. MARIANO.

Joaquina. ¡Madre mia!

D.ª Franc. ¿A qué viene ahora esa humildad? Levántense ustedes. [*Se levantan.*]

Joaquina. Pero ¿me perdona usted, mamá?

D.ª Franc. [*Llorando.*] ¿Yo?.... Pues ¿qué has hecho tú para pedirme perdon?

D. Braul. No la afligamos mas. Vamos á comer si á ustedes les parece, y después de mesa hablaremos. Tenga usted mas espíritu, doña Francisca. No hay motivo para avergonzarse de una accion virtuosa. Sea usted superior á toda debilidad; y ese llanto, por mas que nazca de un cordial arrepentimiento.....

D.ª Franc. ¿Quién le ha dicho á usted que yo lloro de arrepentimiento? Ya estoy mas que harta de oir insultos, señor mio, y de tolerar que se me trate en mi propia casa como á un trapo que se tira á la calle. ¡Hola, hola! ¡Pues no faltaba mas! Yo ya he salido de tutela hace dias, y no necesito consejos de nadie, y mucho menos reprensiones. ¡Arrepentimiento!.... ¿Qué he hecho yo en resumidas cuentas para arrepentirme? — Mis lágrimas son de rabia y de desesperacion al verme engañada como un chino. Y ¿por quién, Dios mio!.... Pero no le dé á usted pena, que yo me consolaré facilmente. ¡Lástima fuera que una mujer como yo se apesadumbrase por tan leve contratiempo! Un jóven voluble y una envidiosilla ¿me habian de abatir? ¡Qué simpleza! Lo único que podria llevar á mal es que todos ustedes se hayan conjurado contra mí; pero ya veremos quién puede mas. Si yo fuese rencorosa me valdria ahora de mi autoridad, y la señorita no lo contaria por gracia; pero no quiero estorbar su casamiento, porque no se diga que me vengo de una ruindad con otra. Y, además, me haria poco favor en dar lugar á que creyeran las gentes que estoy enamorada de un hombre tan poco consecuente. Apuradamente lo que me sobra á mí son muchachos de mas mérito que él ochenta veces, que se tendrán por muy felices con que yo me digne dirigirles al descuido una mirada de compasion. ¡Sí, señor, sí, señor!.... Y aunque á todos les pese tengo de sobresalir en los paseos y en las concurrencias.—Por ahora no pienso en casarme, no sea que lo atribuyan á despique; pero el dia que se me antoje haré dichoso con mi mano á uno de mis infinitos pretendientes, y mientras tanto me divertiré en desbancar á todas las que pasan por bonitas en Zaragoza.

ESCENA ULTIMA.

JOAQUINA. LUISA. D. BRAULIO. D. ENRIQUE. D. MARIANO.

Joaquina. ¿Ha visto usted, don Braulio, qué obcecacion.....

D. Braulio. Ella acabará de curarse de su manía. Para mí es buena señal que no se oponga á vuestra union. Los desatinos en que acaba de prorumpir son el último esfuerzo de su vanidad, que no puede ser duradera en vista de una leccion tan terrible. Pasado el primer acaloramiento obrará la reflexion. Dejadla ahora que se desahogue, y trabajemos despues todos en consolidar su enmienda. Yo os aseguro que lo conseguiremos sin dificultad. ¡Ojalá pudiera esperarse otro tanto de todas las viejas vanas, ridículas y viciosas que son ludibrio y escándalo de la sociedad!